

PARTE II. ras y de los distritos inmediatos. También se interesó sobremanera por la suerte de los desgraciados moriscos, que eran numerosos en aquellas partes, y los defendía en cuanto le era posible de las crueles persecuciones de la Inquisición, al mismo tiempo que les proporcionaba maestros y otros medios ilustrados para convertirlos ó confirmarlos en la verdadera fe. En su método de vida ostentaba la misma munificencia y espíritu generoso que siempre había tenido: su casa era visitada por todos los extranjeros ilustrados que llegaban á España y por los mas distinguidos españoles, y especialmente por los jóvenes nobles, que iban á ella como á la escuela mas perfecta de fina educación y caballerosa cortesanía. Manifestaba viva curiosidad por todo lo que sucedía fuera del reino, procurando recibir noticias por medio de estensa correspondencia con agentes que al efecto tenía en las principales córtes de Europa. Cuando se ajustó la liga de Cambray, el rey de Francia y el Papa quisieron confiarle el mando de los ejércitos aliados; pero Fernando, que le había ofendido en lo mas vivo, no podía consentir en verle nuevamente á la cabeza de fuerzas militares en Italia. Tampoco quería que se empleara en los negocios públicos del reino, y permitió que sus días se consumieran en un retiro lejano, pero retiro que no desagradaba del todo á Gonzalo, ni era absolutamente estéril para los demas ³⁷. El mundo le llamó desgracia, y el anciano conde de Ureña exclamó: "El hermoso bajel ha encallado como yo predije." Mas Gonzalo, á quien se refirió este dicho del conde, contestó: "No es cierto; se halla en el mejor estado, y solo aguarda viento favorable para dar la vela tan ufano como nunca ³⁸."

³⁷ La inscripción que se puso en el sepulcro de Guicciardini podía haberse esculpido sobre el de Gonzalo:

"Cujus negotium, an otium, gloriosius incertum."

Véase á Pignotti, Storia della Toscana (Pisa, 1813), t. ix, p. 155.

³⁸ Quintana, Españoles célebres, t. i, pp. 322-334.—Giovio, Vita Illustrorum, p. 286.—Crónica del Gran Capitán, lib. 3, cap. 7-9.—Pedro Mártir, Opus Epist., epístola 560.—Guicciardini, Istoria, t. iv, pp. 77, 78.

CAPÍTULO XXI.

CISNEROS.—CONQUISTAS DE ÁFRICA.—UNIVERSIDAD DE ALCALÁ.
—BIBLIA POLYGLOTA.

1508—1510.

Entusiasmo de Cisneros.—Sus preparativos de guerra.—Envía un ejército al África.—Toma á Orán.—Su entrada triunfal.—El rey desconfía de él.—Vuelve Cisneros á España.—Conquistas de Pedro Navarro en Africa.—Magníficas fundaciones de Cisneros.—Universidad de Alcalá.—Polyglota Complutense.



AS vigorosas medidas que Fernando adoptó con el marqués de Priego y con algunos otros nobles, produjeron general disgusto en la celosa grandeza de Castilla; pero parece que fueron mejor recibidas por las villas y ciudades, á quienes probablemente no disgustaba ver humillada á aquella altiva nobleza, que tantas veces había hollado los derechos de los inferiores ¹. Y aun con respecto á los mismos nobles, considerada política-

CAP. XXI.

Objeto político de la severidad de D. Fernando.

¹ A su vuelta por Córdoba obtuvo el mas leal y entusiasta recibimiento de la antigua capital de Andalucía. La parte mas interesante de aquella solemnidad consistió en grupos de niños vistosamente engalanados, que salieron á recibirle, presentándole las llaves de la ciudad, y una corona imperial; despues de lo cual

toda la comitiva continuó adelante, pasando por trece arcos triunfales, en cada uno de los que había una inscripción que recordaba una de sus victorias. Se hallará la descripción de estos honores cívicos en Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 216, y en Zúñiga, Anales de Sevilla, año 1508.

PARTE II. mente esta conducta, no parece que estuviera mal calculada, porque les hacia conocer que el rey, cuyos talentos siempre habian respetado, tenia tambien poder suficiente para hacerse obedecer, y estaba firmemente resuelto á ejercerlo.

Es preciso convenir en que la conducta de D. Fernando, despues de su vuelta, habia sido en extremo benigna y generosa, especialmente si se atiende á los motivos de provocacion que habia recibido con los insultos personales y el abandono de aquellos á quienes habia dispensado tantos favores. La historia presenta pocos ejemplos de semejante templanza, despues del restablecimiento de un príncipe ó de un partido desterrado. Verdad es que una conducta violenta y tiránica no se hubiera avenido con el carácter de Fernando, en el cual las pasiones, aun las mas fuertes por naturaleza, estaban ordinariamente sometidas á la razon. Así, pues, parece que aquellos actos de excesiva severidad deben mirarse, no como arrebatos de su resentimiento personal, sino como cálculos prudentes de su política, que tenian por objeto infundir terror en los espíritus turbulentos, á quienes solo el miedo podia contener.

Entusiasmo de Cisneros.

Escitábanle á esta conducta enérgica, segun se dijo, los consejos de Cisneros. Este eminente prelado habia llegado por entonces á una elevacion eclesiástica solo inferior al pontificado. Poco despues del restablecimiento de D. Fernando, recibió el capelo de cardenal, que le envió el papa Julio II², y al poco tiempo fué nombrado inquisidor general de Castilla, en lugar de Deza, arzobispo de Sevilla. Era de esperar que las importantes funciones que le correspondian por estos cargos, y las que tenia como primado de España, le dieran sobrado campo para desplegar todo su espíritu dominante; mas lejos de ser así, á cada paso que daba en su elevacion se ensanchaban mas sus miras, y ahora llegaban poco menos que á las de un monarca independiente. Su celo por la propagacion de la fe católica se presentaba mas tremendo que nunca. Si hubiese vivido en el tiempo de las cruzadas, indudablemente hubiera capitaneado en persona una de aquellas expediciones, porque bajo de sus hábitos monacales hervia y re-

² Obtuvo esta dignidad á solicitud que el rey hizo á su favor, durante su estancia en Nápoles. Véase la carta de Fernando, copiada del archivo de Alcalá, en Quintanilla, Archetypo, Apend., núm. 15.

bosaba el espíritu de soldado³. En efecto, habia concebido como Colon planes para el rescate del Santo Sepulcro, en aquellos tiempos, ya tan lejanos de semejantes empresas⁴; pero su celo encontró mejor direccion en una cruzada contra los moros vecinos de Africa, que se vengaban de las injurias recibidas en Granada, haciendo continuos desembarcos en las costas meridionales de la Península, cuyos habitantes clamaban en vano hacia mucho tiempo porque el gobierno los amparara. A instancias de Cisneros y con su auxilio, poco despues de la muerte de D.^a Isabel, se dispuso una expedicion que dió por resultado la toma de Mazarquivir, puerto importante y guarida formidable de piratas, situado en la costa de Berbería enfrente de Cartagena. Propúsose despues Cisneros una empresa mas dificultosa, la conquista de Orán⁵.

Aquella plaza, situada como á una legua de la anterior, era una de las mas principales que los moros tuvieran en las costas del Mediterráneo, y uno de sus primeros mercados para el comercio con Levante: tenia dentro de sus muros sobre veinte mil habitantes; hallábase bien reparada, y habia réunido por su estenso comercio extraordinaria opulencia, con que mantenía muchedumbre de corsarios que infestaban y robaban todos aquellos mares, causando espantosos estragos en sus pobladas costas⁶.

³ "Ego tamen dum universas ejus acciones comparo," dice Alvaro Gomez, "magis ad bellica, exercitia à naturá effectum esse judico. Erat enim vir animi invicti et sublimis, omniaque in melius asserere conantis." De Rebus Gestis, folio 95.

⁴ De una carta del rey D. Manuel de Portugal, aparece que Cisneros habia tratado de interesarle, así como á los reyes de Aragon y de Inglaterra, para una cruzada á la Tierra Santa. Procedia con mucho método en aquella locura, á juzgar por el cuidado con que habia procurado proveerse de una descripcion y bosquejo de aquella costa, y de un plan de las operaciones que se debian practicar. El monarca de Portugal ala-

bó en términos muy espresivos el celo edificante del primado, pero con sabio acuerdo se limitó á sus cruzadas de las Indias, que podian darle mejores retornos y productos que las de Palestina, por lo menos en lo que tocaba á este mundo. Aquella carta se conserva todavía en los archivos de Alcalá. Véase una copia de ella en Quintanilla, Archetypo, apéndice núm. 16.

⁵ Zurita, Anales, t. vi, lib. 6, cap. 15.—Gomez, De Rebus Gestis, fol. 77.—Robles, Vida de Ximenez, cap. 17.—Carbajal, Anales, MS., año 1507.—Mariana, Hist. de España, lib. 28, cap. 15; lib. 29, cap. 9.

⁶ Pedro Mártir, Opus Epist., epístola 418.

PARTE II. Apenas se halló asegurado D. Fernando en el gobierno, cuando Cisneros le instó á que acometiera esta nueva conquista. Conoció el rey su importancia, mas opuso á este plan la falta de fondos. El cardenal, que ya preveía esta dificultad, replicó "que estaba pronto á tomar prestadas todas las sumas necesarias, y hacer esta espedicion á sus espensas, conduciéndola en persona, si el rey le daba su permiso." Fernando, que nada tuvo que oponer á este modo económico de hacer conquistas, y mucho menos cuando así podia dar salida al turbulento espíritu de sus súbditos, consintió desde luego en lo que se le proponia.

Aquella empresa, por mas desproporcionada que pueda parecer para los recursos de un individuo particular, no era superior á los del cardenal. Hacia algun tiempo que estaba economizando sus rentas con esta mira, aunque algunas veces las hubiera alejado de aquel destino para emplearlas en el rescate de infelices españoles que habian caido cautivos. Habia adquirido tambien planos exactos de las costas de Berbería, los cuales le porporcionó un ingeniero italiano, por nombre Vianeli. Contaba ademas para dirigir las operaciones con su amigo Gonzalo de Córdoba, á quien, si el rey lo permitia, era su ánimo confiar el mando de su ejército. Por recomendacion de Gonzalo se dió al célebre ingeniero conde Pedro Navarro ⁷.

Sus preparativos de guerra.

No se perdió tiempo en concluir los preparativos necesarios. Ademas de alistar á los soldados veteranos de Italia, se levantó gente en todas las provincias del reino, y especialmente en las diócesis del cardenal. Tambien tomó parte en la empresa el cabildo de Toledo, que dió abundantes subsidios y ofreció ir en la espedicion. Hízose asimismo el cardenal con un poderoso tren de artillería, y juntó provisiones de boca y guerra para el mantenimiento de un ejército por cuatro meses. Antes de concluirse la primavera de 1509, se hallaba todo preparado, y dispuesta una flota de diez galeras y ochenta naves menores en la bahía de Cartagena, con fuerzas á bordo, cuyo total ascendia á cuatro mil caballos y diez mil infantes. Tales fueron los recursos y la actividad y energía que desplegó un hombre cuya vi-

⁷ Gomez, De Rebus Gestis, fol. 96—cap. 17.—Pedro Mártir, Opus Epist., 100.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS. epist. 413.—Crónica del Gran Capitan, lib. 3, cap. 7.

da se habia consumido hasta los últimos años en el silencio del claustro y en los pacíficos ejercicios de devocion, y que entonces pasaba de los setenta años y se veia agobiado por enfermedades mas que ordinarias.

En la ejecucion de todo esto, el cardenal habia experimentado mayores obstáculos que los de las enfermedades y la edad. Habianse opuesto siempre á sus planes y mirádoslos con desprecio los nobles, quienes se burlaban de que un fraile quisiera hacer el papel de general de los ejércitos de España, mientras que se dejaba en el retiro de su casa al Gran Capitan haciendo la vida de ermitaño. Los soldados, y especialmente los de Italia, así como su gefe Navarro, que habian militado bajo las banderas de Gonzalo, manifestaban poca inclinacion á servir bajo el estandarte de su caudillo eclesiástico. El mismo rey se entibió tambien al ver estas diversas señales de descontento; mas los peligros y contrariedades, que abaten á los espíritus débiles, solo sirven para infundir mayor vigor y fortaleza en sus propósitos á los que son verdaderamente grandes, y el genio de Cisneros levantándose á medida de los obstáculos que se le presentaban, consiguió triunfar por último de todos, ganando la voluntad del rey, dejando burlados á los nobles, y restableciendo la subordinacion y la disciplina en su ejército ⁸.

A 16 de Mayo de 1509 hízose la armada á la vela, y al dia siguiente llegó á las costas africanas y puerto de Mazarquivir. Inmediatamente se dió orden para desembarcar, porque las ahumadas que se advirtieron en las cimas de los montes, daban á conocer que el país se hallaba ya alarmado. El plan era dirigir el principal ataque contra una eminencia ó punta de tierra que se levantaba entre Mazarquivir y Orán, y que está tan cerca de esta última ciudad que la domina. Al mismo tiempo la armada debia presentarse delante de la ciudad morisca, y rompiendo un vivo fuego llamar la atencion de los habitantes hácia aquella parte, para que no advirtieran el punto principal del ataque.

En cuanto hubo desembarcado el ejército español y formado en ór-

Va con un ejército al Africa.

Arenga á las tropas.

⁸ Gomez, De Rebus Gestis folio bro 3, cap 19.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 218. ubi supra.—Quitatanilla, Archetypo, li-

PARTE II. den de batalla, Cisneros montó en su mula y recorrió las filas: iba con sus hábitos pontificales y la espada al costado; precedíanle frailes franciscanos que llevaban levantada una cruz maciza de plata, estandarte arzobispal de Toledo; á su rededor marchaban otros hermanos de su orden con sayales monásticos y con cimitarras pendientes de la cintura. Aquella religiosa comitiva, á medida que iba acercándose, entonaba el himno triunfante de *vevila regis*, hasta que finalmente el cardenal, subiéndose á una pequeña eminencia, impuso silencio y dirigió á sus soldados una arenga breve, pero animada: les puso delante los daños que habian sufrido de los moros, la devastacion de sus costas, sus hermanos sepultados en las terribles mazmorras de la ciudad; y cuando hubo inflamado su cólera contra los enemigos de su patria y religion, estimuló su codicia presentándoles los ricos despojos que habian de adquirir en la opulenta ciudad de Orán; concluyó su discurso, declarando que habia venido á poner su vida en defensa de la cruz y á darles ejemplo en la batalla, como lo habian hecho muchas veces sus predecesores⁹.

Deja el mando á Navarro.

El rostro venerable y la poderosa elocuencia del primado produjeron un entusiasmo profundo y reverencial en los corazones de aquel guerrero auditorio, que lo manifestó con un silencio profundísimo. En cuanto hubo concluido su arenga, los oficiales se le presentaron suplicándole que no espusiera su venerable persona á los riesgos del combate, y manifestándole que su presencia podria causar mas mal que bien, porque el ejército viendo en peligro su persona no atenderia sino á esto, y no á lo principal de la pelea. Esta consideracion movió al cardenal, el cual, aunque con repugnancia, consintió en dejar el mando á Navarro, y despues de haber dado su bendicion al ejército postrado á sus piés, se retiró á la fortaleza de Mazarquivir.

Sucedía esto al caer de la tarde, y se veian multitud de enemigos ocupando las alturas de la sierra que los españoles se proponian atacar. Navarro, viendo ocupadas aquellas posiciones con tantas fuerzas, dudó si su gente podria tomarlas antes de anocheecer, y si seria prudente acometerlas sin haber dado ningun descanso ni refresco á

⁹ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., 108.—Oviedo, Quincuagenas, MS., diálogo de Ximenez. *ubi supra*.—Zurita, Anales, t. vi, lib. 8, cap. 30.—Gomez, De Rebus Gestis, fol.

los soldados, despues de los grandes trabajos que habian sufrido en aquel dia. Volvió pues á Mazarquivir á tomar consejo de Cisneros, y éste, á quien halló orando, le suplicó que no detuviese el ataque un momento, sino que siguiera adelante en nombre de Dios, porque era seguro que tanto su adorado Salvador como el falso profeta Mahoma contribuirían á entregar al enemigo en sus manos. Los escrúpulos del soldado desaparecieron ante esta intrepidez del prelado, y volviendo al ejército dió inmediatamente las órdenes para atacar¹⁰.

Despacio y silenciosamente empezaron los soldados españoles á subir aquellas empinadas laderas de la sierra, bajo el velo protector de una espesa niebla que cubria las faldas de la montaña, y que los libró durante algun tiempo de ser vistos por el enemigo. Mas apenas salieron al aire despejado, fueron recibidos con tiros de ballesta y otros mortíferos proyectiles, á que se siguieron tremendas cargas de los moros, que precipitándose sobre sus enemigos procuraban con todas sus fuerzas rechazarlos. Pero no hacian mella sus impetuosos ataques sobre las largas picas y profundas filas de los españoles, que permanecian inmóviles como murallas. Con todo, el número de los moros, que era igual si no superior al de los cristianos, y las ventajas de su posicion, les permitieron disputar el campo con obstinacion terrible. Por último, como consiguiera Navarro apoderarse de una batería de gruesos cañones que podian obrar sobre el flanco de los moros, hizo conocer bien pronto los efectos de esta maniobra. Los costados de la columna musulmana que se vieron espuestos á los tiros, no hallando abrigo contra aquel fuego mortífero, quedaron rotos y desordenados. No tardó en estenderse la confusion á las filas principales, que atacadas al mismo tiempo terriblemente por la fuerte columna de los piqueros de vanguardia, empezaron á ceder el terreno. Bien pronto la retirada se convirtió en huida: persiguiéronlos encarnizadamente los españoles: muchos de éstos, y en especial los soldados bisonos, saliéndose de las filas y siguiendo el alcance del enemigo sin el menor respeto á las órdenes ni á las voces y amenazas de sus oficiales, se pusieron en situacion que podia haberles costado muy cara si los moros hubieran tenido el ánimo ó la disciplina necesaria para rehacerse.

¹⁰ Gomez, De Rebus Gestis, folio 3, cap. 19.—Zurita, Anales, lib. 8, cap. 108-110.—Quintanilla, Archetipo, lib. título 30.

PARTE II. Mas en el caso en que se hallaban, la dispersion de los soldados cristianos no hizo mas que aumentar la apariencia de su verdadera fuerza á los ojos de los moros, acrecentando su terror y acelerando su huida¹¹.

En tanto que esto ocurría, la flota habia anclado al frente de la ciudad, y rompió un vivo fuego que fué contestado con el mismo vigor por las sesenta piezas de artillería que guarnecian aquellas fortificaciones; sin embargo del cual, las tropas que venian á bordo consiguieron desembarcar, y no tardaron en juntarse con sus victoriosos compatriotas que descendian de la sierra. Reunidos, continuaron con toda diligencia hácia la ciudad, resueltos á tomar la plaza por asalto. Iban poco provistos de escalas, mas la grande energía de aquellos momentos triunfó de todos los obstáculos, y plantando las largas picas contra el muro, y trepando por las paredes, subieron con increíble destreza, aunque al dia siguiente no fueran capaces de ejecutar lo mismo á sangre fria. El primero que subió sobre el muro fué Sousa, capitan de la guardia del cardenal, el cual á la voz de "Santiago y Cisneros," desplegó la bandera con el blason de las armas del primado por una parte y por la otra la cruz, y la plantó sobre los adarves. Inmediatamente se vieron otras seis banderas desplegadas al viento sobre aquellas murallas, y los soldados saltando dentro de la ciudad se apoderaron de las puertas y las abrieron para que entraran sus compañeros. Penetró todo el ejército arrollando cuanto encontraba por delante. Algunos pocos moros procuraron hacer rostro contra los invasores, pero la mayor parte huyeron á refugiarse en las casas y mezquitas. No podia sin embargo aprovecharles ni la resistencia ni la huida; no hubo cuartel, ni respeto á la edad ni al sexo; los soldados se entregaron á toda la licencia y ferocidad que mancilla las guerras religiosas mas que las otras. En vano les gritaba Navarro que se detuvieran; volvian ellos á la matanza cual lobos carniceros, y no cesaron hasta que, saciados por fin de sangre y repletos de manjares y vinos que hallaron en las casas, se quedaron entregados á un profundo sueño, confundidos unos con otros en las calles y en las plazas¹².

11 Pedro Mártir, Opus Epist., epist. fol. 110, 111.—Abarca, Reyes de Aragón, t. II, rey 30, cap. 18.
12 Gomez, De Rebus Gestis, ubi su-

El sol, que en la mañana anterior habia derramado su lumbre sobre la ciudad de Orán, floreciente con todo el orgullo de su opulencia comercial, y llena de una poblacion libre é industriosa, la alumbró al dia siguiente cautiva y ocupada por sus fieros conquistadores, que yacian entregados al sueño sobre montones de víctimas sacrificadas¹³. Díjose que habian muerto en la batalla mas de cuatro mil moros, y que de cinco á ocho mil quedaron prisioneros. La pérdida de los cristianos fué de poca consideracion. En cuanto el caudillo español hubo tomado las medidas necesarias para hacer limpiar la plaza de sus inmundas y tristes impurezas, lo envió á decir al cardenal, invitándole á que viniera á tomar posesion de ella. El último se embarcó en efecto en su galera, dirigiéndose costeando á la ciudad, y cuando, al pasar á su frente, vió sus vistosos pabellones y brillantes minaretes reflejados en las aguas, su alma se llenó de regocijo al considerar la gloriosa conquista que habia hecho en favor de la España cristiana. Parecia increíble que una ciudad tan bien guarnecida y fortificada se hubiera tomado tan fácilmente.

En cuanto Cisneros desembarcó y entró por las puertas, acompañado de algunos frailes franciscos, saludóle el ejército con extraordinarias aclamaciones como verdadero vencedor de Orán, en cuyo favor se habia dignado el cielo repetir el portentoso milagro de Josué, deteniendo el sol en su carrera¹⁴. Pero el cardenal, diciendo con hu-

pra.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 218.—Robles, Vida de Ximenez, cap. 22.—Pedro Mártir, Opus Epist., ubi supra.—Quintanilla, Archetipo, lib. 3, cap. 19.—Carbajal, Anales, MS., año 1509.—Oviedo, Quincuagenas, MS.—Sandoval, Hist. del Emp. Carlos V, t. I, p. 15.

13 "Sed tandem somnus et labore et vino obortus eos oppressit, et cruentis hostium cadaveribus tanta securitate et fiducia indormierunt, ut permulti in Oranis urbis plateis ad multam diem stertuerint." Gomez, De Rebus Gestis, folio 111.

14 Como estuviera muy avanzada la

tarde cuando principió la accion, el cielo permitió en favor de los cristianos que el sol se detuviera por varias horas. Hay alguna divergencia en cuanto al número de éstas, aunque la mayor parte de las autoridades le fijan en cuatro. No hay en todo el repertorio católico romano, milagro mejor probado que éste: le declararon cuatro testigos de vista, personas ilustradas y de carácter; le certificaron ademas multitud de testigos, que dijeron-lo sabian, algunos por tradicion, otros por haberlo oido directamente á sus mayores que se hallaron presentes en la batalla, y todos declararon que era público y notorio y creencia comun en